

PÓRTICO AL MISTERIO

Luis Ramiro Beltrán

¿**Quiénes** son esos seres tan carnales como etéreos que flotan —hombres oscuros y hembras luminosas— en desoladas estancias? ¿Merced a cuál artilugio se funden en barroca alegoría doncellas con toros, danzantes con peces y drogadictos con angelitos? ¿De qué profundidades saca el artista ese hálito de umbria eternidad que atrae y sobrecoge? ¿Y a qué recurre para convocar en nuestra sangre a la llama del desborde y, a la par, al freno del recato?

En verdad pasma y subyuga la obra contemporánea de Raúl Lara. Captura en sus pinceles las claves escondidas del ancestro. Descifra cual hechicero las señales secretas para ponernos al habla con el misterio de nuestras raíces. Lo hace —felizmente— en el lenguaje de lo universal, pero con el acento de lo boliviano.

Al conjuro de sus trazos azulvioleta, de sus levitantes criaturas y de sus lascivos registros nos compele a compartir aquel misterio. Asistimos así, por magia de sus lienzos, a un ritual de identidad colectiva. Y a la inauguración de un estilo de pintar que no tiene precedentes.

Lara es irrevocablemente orureño. Pero no rescata panoramas del erial altipampa ni retrata campesinos emponchados en miseria. Trascendiendo el dato y soslayando la anécdota, configura extraños ambientes interiores: habitaciones urbanas en semipenumbra o recodos de buses apenas alumbrados por espejos y cromos. Predominan entre sus personajes hombres mestizos de barrios periféricos y muchachos embalsamados en tinieblas. Sus mujeres son lolitas de alabastro con aire extraterrestre o robustas meretrices hurtadas a dramones mexicanos. Y, de vez en cuando, ingravidos infantes de melcocha y organdí.

Cruza obsesivamente sus telas —¿leitmotiv o santo y seña?— un cholo corpachón y lustroso. Pudiera ser chofer o matarife, proxeneta o policía. Pero muy a menudo aparece de carnavalero “moreno”. Armado de matraca y tocado de peluquín protector alquila alas de serafín o se torna mariposa, acaso para sobreponerse por vuelo a la marginación y al prejuicio. Máscara de cotidiano antruejo, los ahumados anteojos le sirven para perder temores y ganar status. En los reflejos de los lentes se adivinan vírgenes viciosas y, trezadas en el duelo eterno entre el bien y el mal, ánima de arcángel y carne de satán. Telúrica pero no folclórica, figurativa pero nada fotográfica, erótica pero casi nunca obscena, la pintura de Raúl Lara conjuga realidad y fantasía con talento y oficio fuera de serie.

¿Por qué pinta él hoy así? En sus largos años de vida y aprendizaje en Argentina no pintaba nada semejante. Había

llegado a dominar como pocos las técnicas del dibujo y el manejo del color. Expuso harto y cosechó no pocos lauros. Pero aún no sabía con certeza qué decir; le sobraba pericia, más le faltaba rumbo. La influencia europea sofocaba todavía el reclamo de su estirpe y la tragedia de la “guerra sucia” —que cobró la vida de un joven hermano suyo— ponía acidez y frío en su paleta. Hasta que en un día de mediados de los 70 se encontró en Jujuy con un galpón ferroviario en el que se hacinaban millares de inmigrantes bolivianos. Los vio, a la espera de trabajos en la zafra o la industria, amontonados en el suelo bajo mezuquinos focos, aplastados por la inclemente maquinaria de la explotación. Masticando mendrugos. Compartiendo harapos. Hablando del terruño con la coca. Nunca olvidaría la sórdida escena iluminada sin embargo por la jocundia de los aguayos y por la voz del charango en refulgente quechua. Aquella visión se le volvió muy pronto llamado y derrotero, consigna de retorno.

De ahí en parte la lobreguez de su pintura quebrada a veces por lampos de esperanza, a un tiempo socavón y lámpara. De ahí el contraste entre la atmósfera de pesadilla y la vocación de fiesta y, a la vez, la amalgama entre el subconsciente y la piel. De ahí la niebla enamorada del destello. Y de ahí también, finalmente, el apremio por volver que reintegró al artista al campanario hace más de una década. Regreso definitivo al pueblo demiurgo y estepario que le brinda la fortitud del misterio y la feracidad del prodigio. Hijo de mineros —nacido en una mina y crecido entre carburo, rosicler y copajira— Raúl disfruta a plenitud del reencuentro con lo suyo, se embriaga de patria.

Allá trabaja sin tregua, cuidando con celo su autonomía de sueño, su libertad para crear sin someterse a escuelas, rubricar compromisos o aceptar encargos. Allá convive con las gentes que saltan a su caballete desde mercados, presteríos, talleres y burdeles. Allá, conversando a diario en la intimidad con mitos y montañas, inventa nuevas fábulas pictóricas para nuestro asombro y solaz.

Y es hasta allá que debe llegar ahora la palabra que celebre en justicia el aporte excepcional del Maestro Lara a la insurgencia de lo real maravilloso en las artes plásticas de Bolivia. ☒

Luis Ramiro Beltrán Salmón. Comunicólogo y escritor boliviano. Primer ganador del Premio Mundial de Comunicación “McLuhan” (1983), Premio Único de Teatro de Ecuador (1987) y Premio Nacional de Periodismo de Bolivia (1997). Miembro de número de la Academia Boliviana de la Lengua. Autor, entre otros, de los libros *El gran comunicador Simón Bolívar*, *Con la tinta de imprenta en las venas* e *Investigación sobre Comunicación en Latinoamérica*. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.



Pórtico al misterio, Raúl Lara (Bolivia)